

Hoja informativa editada por la Asociación de la Prensa de La Rioja. Plaza de San Bartolomé, 5. Logroño (La Rioja). Sábado, 24 de enero de 2009. Edición especial.

Joaquín Pérez, la cara de Telerioja

Las noticias de las dos tenían gafas y bigote,
tras los cuales estaba Joaquín con su voz ronca y su verbo florido

Era una noche primaveral. Joaquín y yo estábamos dando una vuelta por la Gran Vía madrileña cuando un chaval, con grandes voces y gesticulando de forma ostentosa, se abalanzó sobre él diciéndole:

—¡Tú eres el de Telerioja!

Cuando se pasó la marabunta del fan, llegó la hora del análisis y concluimos ambos que éso de la fama también tenía una variante negativa:

—¿y si fuéramos amantes —entonces aún no había bodas gays— y nos hubiéramos citado en Madrid? ¿Te imaginas: venir tan lejos para que

incluso aquí haya un riojano que te conozca?

Esas elucubraciones rebajaron el nivel lúdico de la madrugada en cuestión y acabamos cabizbajos entrando en el hotel entre sombríos pensamientos sobre la escasa intimidad que a personajes como él le quedaban.

Y es que Joaquín Pérez, desde que llegó a La Rioja en 1986, era la cara y la imagen de Telerioja. El nombre era el del informativo de Televisión Española pero en su día significó conseguir un espacio propio de información televisiva regional, una especie de televisión autonómica de andar por casa cuando las comunidades históricas y no tan históricas

ya tenían sus canales televisivos.

Las noticias de las dos tenían gafas y bigote, tras los cuales estaba Joaquín con su voz ronca y su verbo florido, que cuando se traducían al papel componía textos con una excelente calidad, una soltura envidiable y una solidez informativa a prueba de serpientes de verano.

Las gafas le permitían atisbar tras el farrago de las innumerables ruedas de prensa lo poco o lo mucho de noticia que se escondía entre la palabrería. Y de ese montón de chatarra sabía sintetizar la idea, clara y nítida.

El bigote tenía vida propia. No en vano fue protagonista de un programa festivo llamado “El camarero

de los Marx”, donde tras el mostacho se escondía un Joaquín grouchista que arrastraba cual flautista de Hamelín a una *troupe* de peñistas, músicos y niños por el versátil minúsculo estudio de los antiguos locales de Telerioja en la calle Labradores.

En esa misma calle, justo enfrente a Televisión, estaba el bar Eugenio. Algunos maliciosos lo llamaban el estudio número 2, porque cuando no se encontraba a alguien en la redacción o los estudios, había un noventa y nueve por ciento de posibilidades de hallarlo en la barra del Eugenio, donde se celebraron bienvenidas, despedidas, reuniones clandestinas, conspiraciones y motines,

bodas y bautizos y hasta se tomaba café. Y siempre, indefectiblemente, estaba allí Joaquín, porque no podía dejar de estar en todas las salsas. Sentía el periodismo en su carnes y no podía vivir sin él... Hasta que el periodismo pasó de Joaquín, como ha pasado de muchos de nosotros, hastiados de esta pseudo información de nivel cero que nos inunda por todas partes.

Todo ésto son recuerdos. Ahora, Joaquín Pérez tiene por delante una nueva vida, en todos los sentidos. Lejos de la cámara y de los teletipos, por fin nuestro hombre podrá escribir sin mirar el reloj, encajando los retazos de literatura que ha ido creando durante todos estos años y que algunos hemos podido disfrutar, esperando esa gran obra que nos tiene escondida.

A lo mejor podemos disfrutarla en alguna noche primaveral, con la tranquilidad del anonimato finalmente conseguido.

José Antonio Mourenza



Lola Compairé, José Antonio Mourenza, Bernardo Sánchez y Joaquín Pérez (sentado), en los estudios de Telerioja de la calle Labradores. Año 1987.